



CAMPO Y CAMPESINOS EN LA ESPAÑA MODERNA

CULTURAS POLÍTICAS EN EL MUNDO HISPANO

MARÍA JOSÉ PÉREZ ÁLVAREZ
ALFREDO MARTÍN GARCÍA

(EDS.)

[ENTRAR]

CRÉDITOS

CAMPO y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispánico (Multimedia)/María José Pérez Álvarez, Laureano M. Rubio Pérez (eds.); Francisco Fernández Izquierdo (col.). – León: Fundación Española de Historia Moderna, 2012

1 volumen (438 págs.), 1 disco (CD-Rom): il.; 24 x17 cm.

Editores lit. del T. II: María José Pérez Álvarez, Alfredo Martín García

Índice

Contiene: T. I: Libro – T. II: CD-Rom

ISBN 978-84-938044-1-1 (obra completa)

ISBN T. I: 978-84-938044-2-8 (del libro)

ISBN: 978-84-938044-3-5 (CD-Rom)

DEP. LEG.: LE-725-2012

1. Campesinado-España-Historia-Edad Moderna 2. Culturas políticas-España-Historia I. Pérez Álvarez, María José, ed. lit. II. Rubio Pérez, Laureano M., ed. lit. III. Martín García, Alfredo, ed. lit. IV. Fernández Izquierdo, Francisco, col. V. Fundación Española de Historia Moderna. VI.

323.325(460)''04/17''

316.74:32(460)

Edición:

Fundación Española de Historia Moderna
C/Albasanz, 26-28 Desp. 2E 26, 28037 Madrid (España)

© Cada autor de la suya

© Fundación Española de Historia Moderna

© Foto portada: *Mataotero del Sil*

Editores de este volumen:

María José Pérez Álvarez

Alfredo Martín García

Coordinación de la obra:

María José Pérez Álvarez

Laureano M. Rubio Pérez

Alfredo Martín García

Colaborador:

Francisco Fernández Izquierdo

Imprime:

Imprenta KADMOS

Compañía, 5

37002 Salamanca

[VOLVER]

Los paisajes del agua en la Edad Moderna.

Una aproximación a la cuestión hídrica en la Castilla del Setecientos

Francisco J. Moreno Díaz del Campo
Departamento de Historia
Universidad de Castilla-La Mancha
franciscoj.moreno@uclm.es

Resumen

El agua fue clave en el desarrollo de la economía castellana durante la Edad Moderna y la manera en que fue utilizada tuvo mucho que ver con la necesidad que hubo de la misma pero también con la percepción que los habitantes de cada comarca tuvieron de dicho elemento. En ese contexto es donde cabe analizar no sólo cómo se hizo uso de ella, sino también cómo fueron observados los paisajes en los que se hizo presente, especialmente en el ámbito de influencia de los ríos Guadiana y Tajo. Para ello se ha hecho uso de las crónicas y relatos de los viajeros extranjeros que recorrieron nuestro país durante el siglo XVIII, dado que sus palabras ofrecen una visión particular y alternativa a aquella otra que se extrae de las fuentes más utilizadas en este tema tales como el Catastro de Ensenada o las descripciones geográficas.

Palabras Clave

Agua; paisaje; viajeros; literatura de viajes; siglo XVIII; Castilla

Water landscapes during the Early Modern Times. An approaching to the hydrological matter in XVIIIth Century Castile

Abstract

Water was the key in Early Modern Times Economy. In this sense, it's important to know how it was used, but how it was perceived. For that purpose, we analyze the statements from some foreign travelers who visited Spain during the XVIIIth Century. All these testimonies describe the water landscapes around Guadiana and Tajo, the most important rivers in New Castile.

Keywords

Water; landscape; travelers; travel books; XVIIIth Century; Castile.

Introducción: paisajes reales, paisajes contruidos

Aunque caben pocas dudas acerca del importante papel que desempeñó el agua durante los tiempos modernos, aún son muchas las interrogantes que se plantean en torno a los procesos sociales, económicos e, incluso, políticos que condicionaron su aprovechamiento. La utilización que los castellanos hicieron de dicho elemento se vio condicionada tanto por la necesidad que hubo de él como por las posibilidades de acceso al mismo y por la capacidad de adaptar tales demandas a las condiciones que ofrecía el medio. En cierta medida, eso es lo que determinó que los “paisajes del agua” tuvieran mucho de construcción humana y que, como tales, no sólo estuviesen sometidos a los vaivenes de la naturaleza sino también a la acción propia de ese hombre que vivió en ellos y que se sirvió de ellos. Ocurre, sin embargo, que ese hombre que actúa en el paisaje; que consciente o inconscientemente lo utiliza y que lo describe, lo hace, siempre, de una manera que tiende hacia la subjetividad y que en cierta medida no hace sino informar acerca de cuáles son los intereses que guían a ese observador en su relación con el medio que le rodea¹.

¹ R. Mata y S. Fernández describen dicha situación cuando explican el carácter omnipresente del agua en el

Sabedor de que esas descripciones del paisaje son deudoras de los distintos puntos de vista que tuvieron los observadores de tal o cual época, hace algunos años Arroyo Ilera diferenció varios niveles de percepción, de descripción y de representación del paisaje en función de la distinta procedencia e intereses de aquellos individuos –“actores geográficos” los llamaba él– que observaron los paisajes del agua en la Castilla del XVIII². Para mostrar las posibilidades de su propuesta, aplicada al caso concreto del Tajo, se sirvió de tres fuentes: las descripciones de los geógrafos que recorrieron el cauce del río; las memorias de los ingenieros que estudiaron los proyectos para hacerlo navegable y, finalmente, las respuestas que las gentes del común ofrecieron a los interrogatorios planteados por la Administración. Con ello mostró “tres enfoques diferentes [de esa relación que el hombre del Setecientos mantuvo con el río]: el culto, el técnico y el popular³” y aprovechó las divergencias en la información obtenida –incluso sus contradicciones– para trazar una panorámica ciertamente completa de lo que fueron los paisajes del Tajo en el siglo ilustrado. Su modelo de análisis, bien que aplicado a un caso muy concreto, es, según creemos, perfectamente válido para observar cómo fue esa relación que los castellanos del XVIII, hombres agrícolas en su inmensa mayoría, mantuvieron con el agua en tanto que elemento de primer orden en su quehacer cotidiano.

Esta última vertiente es analizada por el propio Arroyo Ilera a partir del uso comparado de las *Relaciones Topográficas* y de las respuestas que se ofrecieron al interrogatorio planteado por Tomás López, quien en el caso concreto del reino de Toledo, se sirvió de las *Descripciones del Cardenal Lorenzana*⁴. Junto a ello, podría contemplarse la opción, incluso, de acercarse a tales cuestiones a través del Catastro de Ensenada, fuente ampliamente conocida y profusamente utilizada pero que no por ello hay que desdeñar, sobre todo si se tiene en cuenta que, de todas las mencionadas, es la que, en el XVIII, informa con más detalle acerca de la potencialidad económico-productiva del elemento agua.

En esencia, la utilización de dichos materiales permitiría obtener una imagen bastante nítida del conjunto de aspectos relacionados con lo hídrico en la Castilla ilustrada pero aún cabría un ingrediente más: la visión que de esos mismos paisajes tuvieron los viajeros –franceses y británicos en su mayoría– que recorrieron nuestro país a lo largo del Setecientos, ya que sus

paisaje actual, comentario que es de absoluta aplicación al periodo moderno: “El agua está presente (...) en muchos paisajes: lo está como elemento morfológico percibido, como componente (...) del sistema paisajístico y, frecuentemente también, como imagen y representación simbólica, en especial en aquellos territorios en los que resulta escasa y constituye un recurso y un ambiente socialmente muy apreciado”. Vid. MATA OLMO, R. y FERNÁNDEZ MUÑOZ, S. (2010). “Paisajes y patrimonios culturales del agua. La salvaguarda del valor patrimonial de los regadíos tradicionales”. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XIV/337. Recurso electrónico: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-337.htm> [consultado: 25.10.2011]. En ese sentido también se manifiesta J. Maderuelo al afirmar que “el paisaje (...) [también puede ser concebido como la] relación que se establece entre un sujeto que contempla y un medio o entorno que lo rodea”. Vid. MADERUELO, J. “Prólogo”. En A. Berque (2009). *El pensamiento paisajero*, Madrid: Biblioteca Nueva, p. 11.

² ARROYO ILERA, F. (2003). “Marinas y riberas interiores: notas para una geografía histórica del Tajo en los siglos XVI y XVIII”. *Cuadernos Geográficos*, 73-74, p. 236.

³ *Ibidem*, p. 239.

⁴ MANSO PORTO, C. (2006). “Los atlas de Tomás López en la Real Academia de la Historia”. En López Gómez, A. y Manso Porto, C. (2006). *Cartografía del siglo XVIII. Tomás López en la Real Academia de la Historia*. Madrid: Real Academia de la Historia, p. 126. Vid. también PORRES, J., RODRÍGUEZ, H., SÁNCHEZ, R. (Grupo Al-Balathitha) (1985). *Los pueblos de la provincia de Ciudad Real a través de las descripciones del Cardenal Lorenzana*. Toledo: Caja de Ahorro de Toledo, 2ª ed., p. 15.

reflexiones pueden constituir una aportación no poco sugerente a la hora de completar ese mosaico de imágenes con el que componer el retrato de los paisajes del agua⁵.

El agua observada: los paisajes del agua en Castilla la Nueva

Castilla la Nueva no fue una región especialmente atractiva para los viajeros que recorrieron España a lo largo del XVIII, bien fuera por su pobreza bien por lo aburrido de un paisaje que casi todos coinciden en describir como sublime pero abrumadoramente monótono. Así las cosas, no es de extrañar que, como indica Campos Díez, fueran pocos los que “se detuvieron en estas tierras el tiempo suficiente para relatar algún episodio que no fuera costumbrista”⁶, razón por la cual puede afirmarse que no hubo en ellos una motivación estrictamente geográfica ni intención expresa de conocer en profundidad un territorio que, sin embargo, sí es descrito con cierta precisión cuando se aborda el tema hídrico.

En relación con ello, una primera mirada permite constatar que los extranjeros que “recorrieron” Castilla la Nueva prestaron cierta atención a los dos principales ríos que cruzaban la región, si bien es cierto que mientras que sus impresiones acerca del Tajo fueron por regla general de admiración, su opinión en torno al Guadiana mezcló la indiferencia con el tono legendario, sobre todo en relación a la presencia y significación de los “enigmáticos” Ojos del Guadiana. Todos los que lo describen, lo hacen tomando como base la imagen que obtuvieron del mismo en el transcurso de sus viajes a Andalucía, bien fuera siguiendo la ruta Toledo-Córdoba, bien a través de aquella otra que cruzaba La Mancha. No es de extrañar, por tanto, que los distintos narradores tuvieran una idea del río poco menos que superficial toda vez que los grandes hitos hidro-geográficos del mismo (las Lagunas de Ruidera y Las Tablas de Daimiel) no fueron visitados. No obstante, las descripciones con las que contamos sí permiten esbozar, siquiera con trazo grueso, un esquemático dibujo de ese río cuyas “aguas perezosas” se dejaban invadir en muchos lugares por la vegetación⁷; tanto que “cubierto de juncos y de rocas” no parecía un río a su paso cerca de Malagón⁸.

Considerado de escasa relevancia –poco conocido en realidad–, lo que a los viajeros ilustrados interesa del Guadiana es su “misterioso” desaparecer, por el que se preguntan entre otros el barón de Bourgoing y el británico Hew W. Dalrymple, si bien este último parece confundir el Guadiana con uno de sus afluentes, el Cigüela⁹. No obstante, y sin duda alguna, el que

⁵ Para una clasificación de los relatos de los viajeros extranjeros que visitaron España en el XVIII, vid. DELGADO YOLDI, M. (1999). “Introducción”. En Twiss, R. (1773). *Viaje por España en 1773*, Madrid: Cátedra, pp. 12-13. Por su parte, y para aproximarse a los relatos compuestos por autores españoles es referencia obligada el ya clásico estudio de GÓMEZ DE LA SERNA, G. (1974). *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial.

⁶ CAMPOS DÍEZ, M.^a S. (2007). “La imagen de Castilla-La Mancha en los viajeros de la Monarquía Hispánica”. En Maqueda, C. (ed.). *La Monarquía de España y sus visitantes. Siglos XVI al XIX*, Madrid: Dykinson, p. 211.

⁷ BOURGOING, Barón de (1777-1795). *Un paseo por España durante la revolución francesa*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, Valladolid: Junta de Castilla y León, vol. V, p. 532.

⁸ ANÓNIMO (1700). *Viajes hechos en diversos tiempos en España, en Portugal, en Alemania, en Francia y en otras partes. Año 1700*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, Valladolid: Junta de Castilla y León, vol. IV, p. 488.

⁹ DALRYMPLE, H. W. (1774). *Viaje a España y Portugal*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros... op. cit.*, vol. V, p. 178.

más atención presta a dicho asunto es Jean François Peyron, quien debido a su escaso conocimiento de la geografía manchega, nos legó una de las explicaciones más curiosas acerca de la dinámica del propio río:

“A varias leguas de Manzanares se llega a Villaharta, pueblecillo; allí es donde se pretende que pasa el camino sobre el que el Guadiana se ha abierto bajo tierra: lo que hacía decir a un español, esclavo en África, que su soberano es el más poderoso de los monarcas de este mundo, y que, entre otras maravillas que se admiraban en sus estados, había un puente de siete leguas de ancho. Pero ese puente es una fábula, según los mejores geógrafos, que pretenden que, a poca distancia de su puente, el Guadiana parece perderse, porque corre en lo repliegues de las altísimas montañas (¡!) que lo ocultan de la vista durante el espacio de algunas horas, después de lo cual se ve reaparecer en los lagos que llaman los Ojos del Guadiana”¹⁰.

En contraste con la imagen que se tiene del Guadiana, la mayor parte de los autores demuestran conocer el Tajo con mayor exactitud. El anónimo redactor del viaje publicado en 1700 sabe que el río comienza a gozar de cierta entidad a partir de Aranjuez¹¹, momento en el que se le une el Jarama. Su opinión es compartida por el barón de Bourgoing, quien distingue entre el alto Tajo, más limpio, y el “Tajo de Aranjuez”¹², donde a pesar de formar algunas cascadas¹³, discurre “cenagoso y lento”¹⁴ hasta que, aguas abajo, ya cerca de Toledo, comienza a ofrecer “paisajes deliciosos” y adquiere fuerza a la par que “arrastra sus bajas aguas y sus pepitas de oro a través de las rocas desnudas y erizadas que sirven de base a la ciudad”¹⁵.

No obstante, las mayores muestras de un conocimiento realmente exacto en relación al río proceden de los comentarios que ofrecen tanto Richard Twiss como Joseph Townsend. Este último no duda en equiparar la riqueza y paisaje del valle medio del río, entre Aranjuez y Toledo, con las llanuras del Pewsey, en su Inglaterra natal¹⁶; por su parte, Twiss se nos muestra como un gran enamorado del “Tagus” al que, sin género de dudas, considera responsable de la grandeza y esplendor de Toledo¹⁷, argumento en el que también coincide con el relato anónimo de 1765, cuyo autor no duda en criticar a todos aquellos que “embelleciendo Madrid, han dejado decaer Toledo, que era la antigua capital y mucho más digna de serlo, que tenía un hermoso río y cuyos alrededores eran alegres”¹⁸.

Ése es, por otra parte, uno de los argumentos más repetidos por nuestros viajeros: el que tiende a establecer comparaciones entre los binomios Tajo/Toledo y Manzanares/Madrid, siem-

¹⁰ PEYRON, J. F. (1772-1773). *Nuevo viaje en España hecho 1772 y 1773*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros...*, op. cit., vol. IV, p. 339.

¹¹ ANÓNIMO (1700). *Op. cit.*, p. 461.

¹² BOURGOING, Barón de (1777-1795). *Op. cit.*, p. 552.

¹³ TWISS, R. (1773). *Op. cit.*, p. 138.

¹⁴ BOURGOING, Barón de (1777-1795). *Op. cit.*, p. 531. Motivo por el que el valle “se convierte en un paraje dañino para la salud” y sus habitantes “lo abandonan y van a buscar una atmósfera más sana en las aldeas circundantes, sobre todo en la villa de Ocaña”.

¹⁵ PEYRON, J. F. (1772-1773). *Op. cit.*, p. 339. Carácter aurífero que también señala Giacomo Casanova en sus *Memorias de España*. Vid. VILLAR GARRIDO, A., VILLAR GARRIDO, J. (1997). *Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla-La Mancha*. Toledo: J. de C. de Castilla-La Mancha, p. 161.

¹⁶ TOWNSEND, J. (1786-1787). *Op. cit.*, p. 119.

¹⁷ TWISS, R. (1773). *Op. cit.*, p. 131.

¹⁸ ANÓNIMO (1765). *Estado Político, histórico y moral del Reino de España*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros...* op. cit., vol. V, p. 60

pre en claro perjuicio de este último. No en vano, el río de la capital es descrito como un “pobre arroyo”¹⁹ que apenas sería capaz de hacerse presente si no fuera por los tímidos aportes que proceden del deshielo de la sierra²⁰ y con cuya entidad como curso fluvial se juega de manera harto descarada tal y como hizo el anónimo viajero de 1765, cuando afirmó que Madrid

“es, creo, la única capital en el mundo que no tenga ni un gran camino, ni bosque, ni río. No hay más que un pequeño arroyo tortuoso al pie de la villa, que se llama el Manzanares. Lo han honrado con dos puentes muy hermosos, que son necesarios en invierno y muy ridículos en verano. Decían, bastante ingeniosamente, que el rey de España debiera de haber vendido sus puentes para comprar un río”²¹.

Comentarios y argumentos que, no obstante, fueron rebatidos y minimizados por otros autores como Silhouette o Peyron quienes encontraron “malintencionadas” y “mal colocadas las frases chistosas de los que se han burlado de tan magníficos puentes y sobre la poca agua del Manzanares en verano”.

Dejando aparte la polémica, poco cabe decir del resto de ríos que surcaron Castilla la Nueva, dado que sólo se les cita en la medida en que suponen meros lugares de paso o accidentes en el periplo de cada uno de los viajeros. Un ejemplo de ello puede verse en las escuetas referencias de Townsend en torno a sus “paseos” junto al Jarama y al Tajuña²²; en aquellas otras que Norberto Caimo hace en relación al Henares²³ o en el relato del anónimo de 1700, quien describe cómo, en los alrededores de Madrid, sus compañeros recorrieron la comarca de las vegas, el cauce del Alberche y, más al norte, el del Guadarrama²⁴.

El agua observada, el agua disfrutada

Es esta una cuestión a la que, como veremos, se prestó mucha atención, sobre todo en relación a los jardines, estanques y conjuntos monumentales de los reales sitios. Vaya por delante, no obstante, un pequeño comentario en relación al agua utilizada en las actividades más cotidianas tales como los baños estivales en el Tajo y el Jarama²⁵; el continuo ir y venir de las lavanderas del Manzanares²⁶; o la celebración en la ribera del propio río madrileño de romerías

¹⁹ DALRYMPLE, H. W. (1774). *Op. cit.*, p. 181.

²⁰ TWISS, R. (1773). *Op. cit.*, p. 127. Vid. también SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia, del 22 de abril de 1729 al 6 de febrero de 1730*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros...* *op. cit.*, vol. IV, p. 635.

²¹ ANÓNIMO (1765). *Op. cit.*, p. 59. Parece que el anonimato dio rienda suelta a este tipo de chistes ya que el autor del relato con el que se abre el siglo también se manifiesta en el mismo sentido cuando afirma que “las malas lenguas” dicen del puente de Segovia “que sería un puente hermoso si tuviese río”. Vid ANÓNIMO (1700). *Op. cit.*, p. 454. Vid. PEYRON, J. F. (1772-1773). *Op. cit.*, p. 345 y SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 635.

²² TOWNSEND, J. (1786-1787). *Op. cit.*, p. 118.

²³ CAIMO, N. (1755). *Viaje a España hecho en el año 1755 con notas históricas, geográficas y críticas y un índice razonado de los cuadros y otras pinturas de Madrid, de El Escorial, de San Ildefonso, etcétera*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros...*, *op. cit.*, vol. IV, p. 780.

²⁴ ANÓNIMO (1700). *Op. cit.*, p. 496.

²⁵ FLEURIOT, J. M. J (marqués de Langle) (1784). *Viaje de Fígaro a España*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros...*, *op. cit.*, vol. V, p. 807

²⁶ SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 635.

y fiestas populares²⁷ y del paseo vespertino al socaire del frescor que proporcionaban sus aguas en el transcurso de las estaciones más secas²⁸.

Dejando aparte dichas cuestiones, lo que más interesa a los viajeros en relación al uso lúdico del agua es su utilización como elemento decorativo, presente en fuentes, estanques, cascadas y conjuntos monumentales de todo tipo; y en este sentido, ningún sitio como Aranjuez, donde la mayor parte de nuestros narradores se detuvieron, algunos durante largas temporadas²⁹. En relación a este tema todos ellos demuestran tener un conocimiento más o menos exacto de la historia de la villa. Gustavo Creutz se hace eco del origen carolino de sus jardines; quizás sea el sueco el más idílico de todos cuantos describieron los conjuntos ajardinados de la villa, toda vez que llega a afirmar que como “lugar delicioso”, Aranjuez representa “el triunfo del arte y la naturaleza”³⁰. Similar en su lirismo es el británico Darlymple, quien en su descripción del lugar nos dice que, en tiempos, fue Felipe II quien “envolvió” los jardines de la villa en el Tajo³¹, mientras que otros autores como el anónimo de 1700 o Esteban de Silhouette se muestran más críticos y llegan a afirmar que los jardines carecen de gusto³² y que con cantidades similares a las invertidas en Aranjuez y con el concurso de jardineros franceses podrían haberse hecho allí “cosas incomparables, en lugar de tantas niñerías”³³.

En cualquier caso, y al margen de puntuales críticas, prácticamente todos coinciden a la hora de señalar la belleza de sus conjuntos escultóricos, lo armónico de avenidas y jardines y la innegable impronta que a todo el conjunto confiere el agua. No cabe duda de que el más interesado por cuestiones estrictamente artísticas es Twiss, quien, incluso, se sirve de fuentes literarias para ilustrar mejor su pormenorizada descripción aunque las de Louis de Ruvroy no le van a la zaga³⁴.

Señálese, finalmente, que no son menos significativas las consideraciones de Peyron, Caimo y de Silhouette, igualmente sorprendidos por el conjunto pero más interesados por cuestiones estrictamente técnicas, de manera tal que indagan en el origen del agua, describen el funcionamiento de sus sistemas de distribución³⁵ y se detienen en detalles ciertamente curiosos como los juegos hidráulicos contruidos en los jardines palaciegos³⁶.

²⁷ ANÓNIMO (1700). *Op. cit.*, p. 468.

²⁸ RUVROY, L. de (1721-1722). *Viaje a España*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros... op. cit.*, vol. IV, p. 709. En el mismo sentido y para Aranjuez, TOWNSEND, J. (1786-1787). *Op. cit.*, p. 130.

²⁹ Silhouette también se fijó en el Retiro madrileño “al que se ha hecho llegar agua con mucho gusto”, en tanto que Creutz recaló en La Granja cuyas “aguas son de una magnificencia y de una belleza que sobrepasan con mucho las de Versalles y Marly”. Vid. SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 637 y CREUTZ, G. F. (1765). *Op. cit.*, p. 109.

³⁰ CREUTZ, G. F. (1765). *Carta a Marmontel*. En GARCÍA MERCADAL, J. (comp.) (1999). *Viajes de extranjeros... op. cit.*, vol. V, p. 107.

³¹ DALRYMPLE, H. W. (1774). *Op. cit.*, p. 180.

³² SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 635.

³³ Esta última reflexión corresponde al anónimo de 1700, sin duda el más crítico. Nótese, en cualquier caso, que los ataques más duros vienen precisamente de los viajeros franceses.

³⁴ TWISS, R. (1773). *Op. cit.*, p. 137 y RUVROY, L. de (1721-1722). *Op. cit.*, p. 784-785.

³⁵ CAIMO, N. (1999). *Op. cit.*, p. pp. 784-785; PEYRON, J. F. (1772-1773). *Op. cit.*, p. 385.

³⁶ ANÓNIMO (1700). *Op. cit.*, p. 461.

El agua y los hombres

Descartada la posibilidad de que el agua de los ríos de Castilla la Nueva pudiera servir como base para el tan necesario despertar económico de Castilla; constatadas su irregularidad y pobreza y admitida la necesidad de poner en marcha fuertes inversiones que permitieran lograr siquiera un tímido avance, los viajeros extranjeros no van a prestar una atención especial a las relaciones entre el mundo del agua y la propia economía.

Agua para beber, agua para vivir

Procedentes en su mayoría de Francia y del Reino Unido, países donde los ríos desempeñaban un papel destacado en el desarrollo de la economía, nuestros narradores van a orientar sus palabras en una única dirección: la escasez de recursos hídricos, la pobreza de los existentes y la incapacidad de los españoles a la hora de encontrar en los mismos un tímido resorte al que amarrarse a la hora de desarrollar sus potencialidades.

Un primer ejemplo de ello podría verse en la actividad pesquera, exigua y tan corta que, a juicio de Luis de Ruvroy, la Cuaresma era una época “muy lamentable en las Castillas” toda vez que

“la pereza [de los españoles] y el alejamiento del mar hacen que el pescado fresco sea desconocido” [dado que] “los ríos más grandes no tienen pesca y los pequeños todavía menos, porque no son otra cosa que torrentes”.³⁷

Como en el caso de la pesca, también son pobres las referencias a la conservación y almacenamiento de hielo, elemento del que, no obstante, sabemos que estuvo presente en muchas localidades de Castilla tal y como se encargan de poner de manifiesto las múltiples referencias a la existencia de pozos de nieve que se dan en el Catastro de Ensenada y los comentarios del ya citado Silhouette, quien, tras describir sucintamente cómo se desarrollaba dicha actividad en Madrid, nos dice que “no hay apenas pueblos, por poco considerables que sean, en donde no se encuentre hielo, más comúnmente nieve, para refrescar el vino”³⁸.

Algo más frecuentes, aunque tampoco de un calado mucho mayor, son aquellas otras informaciones que nuestros viajeros ofrecen en relación a los sistemas de abastecimiento humano. En general, son noticias aisladas, que apenas si permiten extraer conclusiones definitivas y que casi siempre se relacionan con la existencia de fuentes más o menos monumentales o con la presencia de viejos sistemas de suministro que, en el XVIII, ya se consideran anticuados.

Si miramos al medio rural, parece que es lugar común la existencia de pozos particulares, sobre todo en las comarcas manchegas. De ellos nos da noticia Townsend, quien informa

³⁷ RUVROY, L. de (1721-1722). *Op. cit.*, p. 712. Comentario que, aunque contrasta con el hecho años después por Townsend en relación a la afición regia a pescar en el Tajo, no es incompatible con él. Vid. TOWNSEND, J. (1786-1787). *Op. cit.*, p. 133.

³⁸ SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 635.

de su presencia en la quijotesta venta de Puerto Lápice³⁹. También Silhouette, cuando comenta cómo eran utilizados en Extremadura, concretamente en Mérida, donde algunas casas hacían uso de dichos sistemas desde mucho tiempo atrás, probablemente desde la época romana, de la que habían heredado la utilización de aljibes⁴⁰.

Más frecuentes en la ciudad que en el campo, las fuentes son descritas, incluso, con cierta precisión. Fuentes hubo en Madrid. Twiss cuenta una treintena en 1773 y aunque admiraba su belleza, dudaba de la calidad de sus aguas⁴¹. No era una opinión compartida por todos, entre ellos por Silhouette, para quien “el agua de Madrid, así como el pan, tiene una gran reputación”⁴². El propio Twiss se detiene con especial esmero en la fontana que “proporciona agua abundante” a Aranjuez y que, según sus palabras, diseñó Sabatini en la plaza de la villa⁴³. No obstante, la que parece que captó mayor atención por su parte fue aquella otra “famosa”, situada en Ocaña,

“que, a primera vista, parece una construcción romana, si bien un autor español considera que fue realizada por Felipe II aproximadamente en 1580, en la época en que fundó Aranjuez. El manantial de la fuente se halla al final de un corredor subterráneo en el que cabe un hombre de pie. El agua, que es muy transparente, es conducida por dos canales desde allí a un gran depósito que abastece a toda la ciudad...”⁴⁴.

En cualquier caso, detrás de estas palabras siempre parece estar presente la idea de que tanto fuentes, como pozos, aljibes, depósitos colectivos y, en general, cualquier tipo de construcción destinada a satisfacer la demanda de agua potable eran claramente insuficientes. La sola referencia a la existencia de aguadores profesionales es muestra de que el acceso a ese “agua para beber” no siempre fue fácil⁴⁵. En ello parece que tuvo mucho que ver el abandono al que habían sido sometidas las construcciones que, tiempo atrás, aseguraban ese abastecimiento.

Esteban de Silhouette se mostró especialmente preocupado por esta cuestión. Es él quien nos dice que en Mérida “el acueducto construido por los romanos se ha visto arruinado por el tiempo”⁴⁶ y que los sucesivos intentos por reconstruirlo y recuperar su actividad han fracasado; como también es quien informa de cómo “estando [la ciudad de Toledo] situada sobre una roca en la que no se pueden abrir pozos, los habitantes se ven obligados a bajar hasta las orillas del Tajo para tomar de él el agua”⁴⁷. De ello era responsable, a juicio del francés, la desidia de todos

³⁹ TOWNSEND, J. (1786-1787). *Op. cit.*, p. 256.

⁴⁰ SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 632.

⁴¹ TWISS, R. (1773). *Op. cit.*, p. 127. Juicio que comparte con el anónimo viajero del XVII cuyo relato fue publicado en 1700. Vid. ANÓNIMO (1700). *Op. cit.*, p. 454.

⁴² SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 635.

⁴³ TWISS, R. (1773). *Op. cit.*, p. 135.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 138.

⁴⁵ De Toledo, por ejemplo, se dice que “el agua se vende por las calles, transportada en pequeños barriles, sobre el lomo de burros”; como en Madrid, donde, en contraste con el comentario anterior relativo a las fuentes, el propio Twiss informa de que “el mejor agua” se vendía en vasijas de barro que también eran repartidas por la ciudad con ayuda de asnos. Vid. TWISS, R. (1999). *Op. cit.*, pp. 132 y 127, respectivamente.

⁴⁶ SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 632.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 633.

los que no habían trabajado para arreglar el famoso artefacto de Juanelo Turriano, “máquina ingeniosamente inventada” para subir el agua desde el río hasta el alcázar⁴⁸, cuyo funcionamiento es descrito por Peyron:

“... el agua de ese río subía hasta allí en otro tiempo por una máquina ingeniosísima imaginada por Juanelo, natural de Cremona; estaba compuesta de varias cajas de plomo o hierro batido, unidas unas a las otras, y que tenían su base en el Tajo; el agua entraba en la primera caja, desde donde, por medio de ciertos resortes, era empujada a la segunda, y así sucesivamente hasta la última que está en el castillo, y desde allí se dirigía a un depósito que proporcionaba agua a toda la ciudad; pero desde hace cerca de dos siglos esa máquina poco cuidada se ha destruido, y apenas si se ven algunos restos de ella sobre la orilla del río”⁴⁹.

Junto a todo ello, y para terminar, señálense también las escasas y casi anecdóticas referencias al agua como elemento susceptible de ser utilizado para curar o prevenir enfermedades. Entre los que se detienen en esta cuestión está Caimo, quien, a mediados de siglo, ya se percató de los beneficiosos efectos que tenían las “excelentes aguas que brotan de las montañas vecinas” a Fuencaliente –cerca de Sigüenza– localidad que, por otra parte y al decir del viajero, recibía su nombre del manantial del que nacían dichas aguas “que probablemente son calientes en su fuente por la virtud de algunas minas sobre las que pasan” y que, gracias a sus efectos, eran repartidas “no solamente en Castilla y Aragón, sino también en Extremadura y en otras provincias de España”⁵⁰.

Agua y economía

La tierra y la actividad agropecuaria, motores de la economía de Castilla, tampoco captaron la atención de los extranjeros que recorrieron nuestro país en el transcurso del siglo XVIII, al menos de manera especial. Tan es así que, en algunos de ellos, las referencias a la actividad económica en general y agrícola en particular quedan limitadas a unos escasos y gruesos trazos que apenas si proporcionan información relevante.

Nuestros viajeros coinciden en señalar que Castilla ofrece muchas dificultades para la puesta en marcha de una agricultura rentable. Uno de los más pesimistas es el autor del *Estado político, histórico y moral del Reino de España*. A su juicio el primer y gran inconveniente al que tenían que hacer frente los castellanos en relación al medio era clima, “desigual; demasiado frío en invierno y demasiado caluroso en el verano [razón por la que] tampoco llueve allí bastante a menudo (...) y el país no está poblado y carece totalmente de madera y agua”⁵¹. Situación complicada, el viajero insiste y va más allá en el caso concreto de Castilla la Nueva, donde

⁴⁸ *Ibidem*. Comentarios parecidos pueden encontrarse en el *paseo por España* de Bourgoing, quien también cita al italiano y lamenta el abandono al que estaba sometido el antiguo acueducto romano “regalo útil y magnífico a la vez con que los romanos se señalaron su presencia en más de un lugar de España...”. Vid. Barón de BOURGOING (1777-1795). *Op. cit.*, p. 519.

⁴⁹ PEYRON, J. F. (1772-1773). *Op. cit.*, p. 340.

⁵⁰ CAIMO, N. (1999). *Op. cit.*, p. 779

⁵¹ ANÓNIMO (1765). *Op. cit.*, p. 58. Su opinión acerca de Extremadura es similar. Calificada como la región “más pobre después de Asturias”, dice de ella que “está tan despoblada como las Castillas” y que carece igualmente de agua, si bien su idea acerca del Tajo y del Guadiana cambia con respecto a lo observado antes, dado que afirma que los suelos situados en sus valles son “bastante fértiles” (p. 56).

“los ríos, el Guadiana y el Tajo, que atraviesan esa provincia, y de los que se podría sacar partido para el cultivo, son inútiles y hasta perjudiciales para el país porque se los abandona a la naturaleza y están encajonados y tienen un curso desigual”⁵².

He ahí el principal lamento: el medio es hostil; pero es igualmente perjudicial la desidia y el escaso espíritu emprendedor con el que se comportan tanto los habitantes de la zona como las autoridades, incapaces de aprovechar las tímidas ventajas que se ofrecían en determinadas comarcas. Esas comarcas, coinciden, generalmente, con aquellas zonas en la que el acceso al líquido elemento resultó fácil. Una de ellas fue “el país (...) que llaman La Mancha”, bien cultivado⁵³; en ello tuvieron mucho que ver las aguas subterráneas aprovechadas gracias al empleo de norias, artefactos que captaron de manera especial la atención de Townsend, quien se hace eco de las “numerosas” que había en Manzanares; de las “más de treinta” que contó “en un espacio de unos sesenta acres”⁵⁴ en el término de “Lapiche” (Puerto Lápice) y de lo bien construidas (con hierro y no con madera) que estaban las de Valdepeñas, motivo por el cual los cultivos de la región “nunca pueden quejarse de falta de agua”⁵⁵.

En cualquier caso, si hay una cuestión que llama la atención a los viajeros —a Townsend en particular— y en la que hacen especial hincapié es el agua de los ríos. Tanto es así que allí donde hay un curso fluvial, los narradores modulan sus palabras, transforman sus lamentos y se muestran entusiasmados por las enormes posibilidades que la presencia del líquido elemento abre a los agricultores. Así lo hace, entre otros, Caimo, quien a su paso por Sigüenza destaca el beneficioso efecto que sobre el campo “muy fértil, bien plantado de árboles frutales y lleno de buenas frutas de todas las especies”, tiene el Henares⁵⁶.

Su comentario es similar a los que Silhouette hace en relación a la campiña que riega el Manzanares, curso que, a su juicio, era el responsable de que las huertas de Madrid fueran mejores que las del Marais parisino⁵⁷; o a aquellos otros que años después haría Peyron en relación al Tajo, responsable de que el paisaje cambiase de manera radical a medida que el viajero se aproximaba a la ciudad de Toledo⁵⁸ y, sobre todo, de que los vecinos de Ocaña se hubieran decidido a trasladar sus huertos a dos leguas de la villa en busca de la riqueza que ofrecía el río⁵⁹. El propio Silhouette ya había incidido en estas apreciaciones al señalar que el Tajo, a orillas de la ciudad imperial, “fertiliza todo el valle vecino”⁶⁰. Años después fue Townsend el que, una vez más, se mostraba preocupado por este tipo de cuestiones, dado que alababa la fertilidad

⁵² *Ibidem*, p. 59.

⁵³ ANÓNIMO (1700). *Op. cit.*, p. 488

⁵⁴ Acre: 4 046, 85 m².

⁵⁵ TOWNSEND, J. (1786-1787). *Op. cit.*, p. 256. Nótese que Townsend siempre hace uso de dicho término en castellano.

⁵⁶ CAIMO, N. (1755). *Op. cit.*, p. 780.

⁵⁷ SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 635

⁵⁸ PEYRON, J. F. (1772-1773). *Op. cit.*, p. 339

⁵⁹ *Ibidem*, p. 385.

⁶⁰ SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Viaje de Francia, de España...* *op. cit.*, p. 633. Comentario en todo similar al que S. Campos Díez pone en boca de Casanova. Vid. CAMPOS DÍEZ, M.^a S. (2007). *Art. cit.*, p. 218.

del valle⁶¹ y señalaba lo beneficioso que resultaba el agua⁶² pero, sobre todo, se mostraba muy crítico con la infrautilización de la potencial riqueza que el regadío podría aportar a la economía de las localidades ribereñas toda vez que

“el suelo de este valle, constituido por una capa de arena y arcilla que alcanza una profundidad de ocho o diez pies respecto al nivel del río, es rico, y su fertilidad aumenta considerablemente cuando se desborda el Tajo, que en invierno deja una riqueza mayor que la que nunca han proporcionado sus arenas auríferas. En verano el agua se recoge mediante *norias*, que apenas ocasionan otro gasto que no sea el del trabajo. Hubo una época en que disponían de un canal que había hecho construir Felipe V con una longitud de siete leguas y que les llevaba agua del Jarama; pero hace unos veinte años se encontró un defecto en su nacimiento que aún no ha sido reparado. El daño que ha causado este contratiempo y la posterior negligencia es casi incalculable, aunque de él puede dar una idea el hecho de que los gastos que generan las noventa *norias* que sólo Añover [de Tajo] tiene se habrían podido ahorrar con el canal en funcionamiento”⁶³.

Dejando aparte la cuestión agrícola, y al igual que ocurre con el regadío, también es escasa la información que los viajeros ofrecen en relación a la utilización del agua en el sector manufacturero, incluso a pesar de que esta fue una cuestión especialmente importante en las comarcas situadas en las cuencas del Tajo y del Guadiana. Quizás sea aquí donde se pueda percibir con mayor claridad la ya señalada diferencia de criterio de la que viajeros por un lado y hombres de la tierra por otro hicieron uso a la hora de describir la realidad que les rodeó.

Nuevamente es Townsend quien más información ofrece. Y lo hace para constatar una realidad muy visible en La Mancha de la Edad Moderna: los molinos de viento “que pudimos ver (...) cerca de cada pueblo, donde los construyen para suplir la carencia de corrientes de agua con las que moler el trigo”⁶⁴. Por lo demás, el único molino de agua al que nuestros viajeros prestan atención es el situado en el Tajo, cerca del palacio de Aranjuez, del que nos habla San Simón y no precisamente para alabar su capacidad molturadora pues

“... me sentí muy sorprendido por un molino sobre el Tajo, a menos de cien pasos del palacio, que corta el río, y cuyo ruido resuena por todas partes” (...) “me asombraba cómo era consentido tan cerca del palacio, donde su vista, que interrumpía la del Tajo, y más aún su ruido, son tan desagradables que un particular no lo aguantara en su casa...”⁶⁵.

Existe, por tanto, una actitud de crítica manifiesta pero lejos de constituir en sí misma una opinión de corte destructivo, la mayor parte de las consideraciones de los viajeros son más bien apuntes, sugerencias y comentarios orientados a mejorar y a facilitar que esa mejora llegara lo antes posible.

⁶¹ TOWNSEND, J. (1786-1787). *Op. cit.*, pp. 129 y ss.

⁶² Se refiere en concreto al cultivo de melones, y, sobre todo al de cebada y trigo, donde, quizás de manera un tanto exagerada llega a decir que su productividad es de cincuenta a uno en el caso del trigo y de entre sesenta y cien a uno en el de la cebada. *Ibidem*, p. 120.

⁶³ *Ibidem*, p. 119.

⁶⁴ TOWNSEND, J. (1786-1787). *Op. cit.*, p. 255.

⁶⁵ RUVROY, L. de (SAN SIMÓN, duque de) (1721-1722). *Op. cit.*, pp. 716-717; comentario que, por cierto, no se abstuvo de realizar a pesar de estar en presencia del monarca y su esposa, quienes no recibieron con agrado dichas observaciones.

Agua e infraestructuras: una visión ilustrada de las posibilidades de los paisajes del agua

Dicha actitud es especialmente visible en los comentarios que los viajeros hacen en relación a las “enormes” posibilidades que para el país generaría la apertura al tráfico comercial de sus ríos más importantes. Como hijos de su tiempo, los viajeros dan pormenorizada cuenta no sólo de esas posibilidades sino también de los distintos proyectos que la Corona tenía en marcha en relación a dicho tema. En este sentido, los testimonios del *anónimo* de 1765 y del barón de Bourgoing son claves. Ambos informan de cómo los Borbones, especialmente Carlos III, desarrollaron una activa política de construcción de caminos y de infraestructuras viarias. Otros se detienen largamente en la descripción de puentes y viaductos: Twiss, por ejemplo, describe tanto los de Aranjuez (sobre el Jarama) como los de Toledo y Madrid⁶⁶. En estos últimos también se detienen Silhouette y Peyron, ambos para describir con cierto lujo de detalles los dos de la capital, el de Toledo y el de Segovia⁶⁷.

Sin embargo, si hay alguna cuestión que destaque en este sentido es la relativa a los ya citados proyectos de navegabilidad. Especialmente preocupado por la situación del pueblo madrileño, el primero que da noticia de tales intentos es el *anónimo* de 1700, convencido de que la apertura de una conexión entre el Manzanares y el Tajo haría bajar los precios de los alimentos y productos básicos con los que se abastecía la capital⁶⁸. Junto a él, cabe señalar, en la primera mitad de siglo, los comentarios de Silhouette en relación a la conveniencia de hacer navegable el propio Tajo⁶⁹ y, más tarde, ya en el último tramo de la centuria, la mención que el *anónimo* de 1765 vuelve a hacer tanto acerca de la posibilidad de comunicar por vía fluvial Madrid y Aranjuez, como en torno a los proyectos que pretendían unir esta última villa con Lisboa⁷⁰. A esta última cuestión, por cierto, también se refiere Bourgoing, si bien presta mucha más atención al proyecto “adoptado” por el gobierno español en 1784 para construir una verdadera malla fluvial que permitiera comunicar el Guadarrama con el Tajo, éste con el Guadiana y éste a su vez con el Guadalquivir⁷¹.

Lejos de ellos, lo que, quizás quepa destacar antes de dar por concluida esta pequeña aportación es que una observación detenida de los testimonios vistos hasta ahora permite intuir el progresivo desaliento que invade la opinión de los viajeros a medida que se avanza en el tiempo. De hecho, mientras los apuntes de principios de siglo traslucen una creencia ciega en la materialización de dichos proyectos, aquellos otros que se ubican en los años centrales de la centuria son más cautelosos –quizás por su perfil más técnico– y el del marqués de Lange⁷², con el que se cierra siglo, no es sino la más visible muestra del fracaso español a la hora de servirse de esos ríos que pasaban por sus pueblos pero cuya riqueza no terminó de salir de sus aguas.

[ÍNDICE]

⁶⁶ TWISS, R. (1773). *Op. cit.*, pp. 131 y 137. Darlymple también describe el puente del Jarama e igualmente menciona el pago de la tasa de pontazgo que todo aquel que lo cruzaba tenía que abonar. Vid. DALRYMPLE, H. W. (1774). *Op. cit.*, p. 180.

⁶⁷ SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 635; J. F. PEYRON (1772-1773). *Op. cit.*, p. 345.

⁶⁸ ANÓNIMO (1700). *Op. cit.*, p. 454.

⁶⁹ SILHOUETTE, E. de (1729-1730). *Op. cit.*, p. 633.

⁷⁰ ANÓNIMO (1765). *Op. cit.*, p. 80.

⁷¹ BOURGOING, Barón de (1777-1795). *Op. cit.*, pp. 488-489.

⁷² FLEURIOT, J. M. J (marqués de Langle) (1784). *Op. cit.*, p. 807.